

# EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

Subscripción por trimestres: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. Venta: Paquete de 50 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, y en este caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Hernán-Cortés, 8, pral.

Las inscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los correspondientes del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de redacción, á Pablo Iglesias; la de administración, á Antonio Torres.

## LA FUERZA DEL SOCIALISMO

Los que, como Ruiz Zorrilla y otros prohombres de la burguesía, han negado por ignorancia que hubiera cuestión social, y por consiguiente que el socialismo no tenía razón de ser, están sufriendo á estas horas un gran desengaño.

Los que irónicamente le combatían diciendo que vendría el siglo mil, deben andar cariacontecidos y confusos al verse obligados por los hechos á reconocer la miopía de su intelecto.

Los que, tratando con desdén á los socialistas, aseguraban que sus ideas no harían prosélitos ni adquirirían arraigo, por no ser otra cosa que una mala reproducción del antiguo comunismo, se habrán convencido á estas horas de lo disparatado de su juicio y de lo torpes que anduvieron mirando como seres extraviados á los que han dado muestras de ser buenos observadores y de estudiar atentamente los hechos económico-sociales.

En los actuales momentos, no ya las personas que merecen el dictado de serias, sino aun aquellas que irreflexivamente emiten sus juicios, no niegan ya que el socialismo es una poderosa fuerza y que el porvenir le pertenece.

Y no solamente ocurre esto, sino sucede también que muchos de sus partidarios, que creían lejano el día de su triunfo, han llegado al pleno convencimiento de que á duras penas podrá la burguesía celebrar el primer centenario de su triunfo, y de que el siglo en que vivimos, al desaparecer, se llevará consigo esa última clase privilegiada.

Este cambio de opinión, que por su rapidez é importancia sorprenderá á muchos, tiene, sin embargo, fácil explicación.

La marcha evolutiva de la producción burguesa, es decir, el desarrollo industrial, comercial y agrícola, habiendo adquirido en estos últimos tiempos un carácter verdaderamente vertiginoso, ha destruido todos los obstáculos que se oponían á la formación de los dos ejércitos—el capitalista y el obrero—ha revelado el papel que cada uno de ellos desempeña en la producción y hecho estallar de una manera franca, abierta, terrible, la oposición de intereses, el antagonismo mortal entre uno y otro.

En esto, y nada más que en esto, está la clave de ese pasmoso desarrollo del socialismo, que llena de frío y espanto el corazón de los burgueses.

No hace aún veinte años que el socialismo moderno, el socialismo científico, que proclama como objeto la socialización de los instrumentos de trabajo y la abolición de las clases, y como medio para llegar á él la posesión del poder político por la clase trabajadora, alcanzado revolucionariamente, contaba escasamente con un puñado de partidarios. Hoy el socialismo lo invade todo y sus adeptos se cuentan por millones. La fundación de la Internacional hizo surgir de todas partes multitud de socialistas, y no obstante algunas contrariedades y desmayos, su número siguió en aumento. Disuelta por la fuerza la Internacional, á la caída de la Commune, recogieron su herencia los Partidos Obreros, que, mediante su acción política, unida al apoyo que han prestado y prestan á la lucha económica, han llevado el socialismo á los cerebros de los trabajadores.

Todos los países civilizados, desde aquellos donde la producción ha adquirido desarrollo extraordinario, como Inglaterra, Bélgica, Alemania y Estados Unidos, hasta los que marchan á la cola en el fomento de las fuerzas productivas, como Portugal, Italia y España, todos, absolutamente todos, se hallan inficionados de socialismo revolucionario. En algunos de éstos—Alemania y Francia—es tal su fuerza, que el poder burgués se encuentra atado para realizar la política exterior y colonial que demandan los intereses de la clase privilegiada.

El hombre de hierro, Bismarck, se encuentra en la imposibilidad de meterse en aventuras guerreras, porque los socialistas alemanes aprovecharían esa ocasión para echar por tierra, con el Imperio, todo el feudalismo burgués de su país.

La burguesía francesa, ávida de los beneficios que le reportaría la política colonial y soñando con las ventajas que en el mercado universal obtendría acudiendo á la guerra de desquite y venciendo á Alemania, se concome y no acude á ella porque sabe muy bien que el anuncio de esa guerra sería el de la insurrección del proletariado francés, que vengaría á las víctimas de la Commune castigando á sus verdugos, y á las de la explotación capitalista apoderándose del Poder político y de toda la riqueza nacional.

Hasta aquellos pueblos donde el socialismo no impide aún los movimientos de la burguesía, sienten su saludable influencia, viéndose obligados los Gobiernos, como en los Estados Unidos, Inglaterra, Suiza y Bélgica, á

buscar algún medio, aunque incompleto, de atender las reclamaciones obreras, ó por lo menos, como en Italia, Portugal y España, á hacer promesas de que se cuidarán de la suerte de los asalariados.

¿Qué vemos en nuestro país? De tal modo se ha alarmado la prensa con los acontecimientos de Bélgica, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, que toda ella ha consagrado parte de sus columnas á estigmatizarlos, es verdad, pero también á hacerse cargo del modo sorprendente como el socialismo se va apoderando de las masas obreras, y como, á seguir así, podrán sobrevenir días de sangre y de luto para la patria, esto es, para la clase burguesa. Y en su temor, mientras un periódico trataba de tranquilizar á los privilegiados diciendo que nada podrían los socialistas contra todos los ejércitos unidos—como si los ejércitos estuviesen compuestos por burgueses y no por proletarios—otro, echándose las de previsor, llegaba á afirmar que no sirven ejércitos, ni Bastillas, ni dique alguno cuando el pueblo se irrita y revoluciona, y que sólo puede dominarse haciendo con él lo que se hace con la fiera escapada á quien se quiere encerrar en la jaula, no castigándole, sino engañándole astutamente.

Sí que el socialismo tenga en nuestro país la importancia que tiene en otros, para la prensa burguesa española es hoy asunto preferente todo lo que con él se relaciona. Comprendiendo lo que vale y significa ese movimiento, procura estar al corriente de su marcha, y lee sus escritos y asiste á sus reuniones, á fin de poder enterar de todo ello á sus lectores.

Si á la prensa burguesa le inquieta el socialismo en nuestro país, á nuestros gobernantes les produce sobresaltos. En cuanto se anuncia una *meeting* socialista, por insignificante que sea, se adoptan precauciones de todas clases, se rodea de fuerzas el lugar en que se verifica y se dan órdenes reservadas.

Más aún. Desde la disolución de la Internacional todos los Gobiernos españoles habían permanecido indiferentes ante el movimiento socialista. Hace algún tiempo, antes todavía de los sucesos de Londres, Decazeville y Bélgica, empezaron á preocuparse de él. Hoy ya no es preocupación, es verdadero temor el que les produce, habiendo considerado necesario el que actualmente maneja el gobierno del Estado estampar en el discurso de la Corona los siguientes conceptos:

«Los tiempos no son bonancibles, preciso es reconocerlo, pues los Gobiernos, á más del cuidado que han de prestar á los asuntos políticos y económicos, de cuyo tan propenso á la discordia, por todas partes se ven ahora singularmente apremiados con los problemas sociales, que en algunos pueblos de Europa y América están produciendo conmociones sangrientas, causa de profunda alarma en la sociedad y de atento estudio para todos los hombres reflexivos.

«Afortunadamente España se ha visto libre hasta hoy de tan dolorosas perturbaciones, pero sería mucha temeridad mirar por eso con indiferencia cuestión tan importante; y de ahí que mi Gobierno se preocupe, como es justo, de un problema que, por afectar á la suerte de las clases más desvalidas, y por relacionarse, á veces, con la paz del Estado, reclama gran atención para conseguir, en la medida posible, el bienestar de estas clases, facilitar el equilibrio entre el capital y el trabajo y fortalecer la armonía de todos los intereses sociales.»

No cabe duda. Cuando el socialismo llama tan poderosamente la atención de la clase enemiga y de sus principales representantes; cuando en unas partes llega su poder á no dejar libre á la burguesía para que ejecute todo lo que á sus intereses conviene, y en otras inquieta y atemoriza porque va en camino de conseguir lo mismo, es que realmente constituye una fuerza formidable. Y si toda esta fuerza ha nacido y se ha desarrollado en un período de veinte años, en que el desenvolvimiento económico no marchaba al acelerado paso que lleva en nuestros días, calcúlese qué poco tiempo será preciso para que el socialismo, adquiriendo el vigor necesario, establezca las resoluciones que defiende.

Abrán, pues, su pecho á la esperanza los proletarios, y redoblen su esfuerzo para echar á la fosa, ya dispuesta, el gastado organismo de la burguesía.

## EXCISIONES BURGUESAS

Los partidos burgueses están corroídos por el cáncer de las ambiciones y del personalismo. No hay uno siquiera que esté libre de ese mal, signo de decadencia para su clase.

En un punto solamente están conformes: en impedir que los proletarios mermen los privilegios de la burguesía ó traten de abolir su esclavitud. Fuera de esto, no hay dos hombres políticos burgueses que marchen de acuerdo, y seguramente no por que discrepen en cuanto á ideas—generalmente se acomodan con todas—sino porque los dos aspiran á ser, aunque otra cosa digan en

público, jefes ó directores únicos y exclusivos de su partido ó fracción.

La agrupación absolutista, que por lo rancio de las opiniones que sustenta, debiera someterse incondicionalmente á su jefe, Carlos de Borbón, ni cumple lo que su rey *in partibus* le ordena, ni acepta las órdenes del que éste elige como representante suyo. Integros y mestizos se odian á muerte.

Nada hemos de decir del partido moderado representado por una momia política.

El conservador, guardián celoso de los intereses de la alta burguesía, está bien reciente su división y los piropos que jefe y subjefo se han dirigido, para que tengamos que decir una palabra acerca de él.

El que dirige Sagasta, y goza ahora del Poder, no puede estar más dividido. Montero Ríos, Moret, Alonso Martínez, Martos, Vega Armijo, Navarro Rodrigo y Martínez Campos son jefes de otros tantos grupos que marchan de la mano únicamente cuando disfrutan todos las dulzuras del presupuesto.

La Izquierda, ese remedo de partido, sin soldado ninguno, tiene tres jefes: un hombre que abandonó el fusionismo porque no le dieron una cartera, un general con pretensiones de serio, sin serio, y un acróbata político que no sabe hacer más que dar vivas.

El posibilismo, que dirige un hombre sin pudor político, enemigo encarnizado del pueblo, después que éste le ha servido de escalón para el logro de sus ambiciones, no es un partido, sino un aditamento de partido, de que dispone Sagasta á su capricho.

Aunque sus divisiones no meten tanto ruido como las de los otros partidos, el federal ha sufrido la misma suerte. La excisión principal manteniéndose entre pactistas y orgánicos. De los primeros es jefe Pi y Margall; de los segundos no se sabe fijamente; unas veces lo es Rispa y otras Chies, y aún hay más aspirantes á ese puesto. Además, entre los federales de uno y otro bando los hay individualistas y socialistas á su manera.

Con toda intención hemos dejado para lo último á los republicanos progresistas.

Los dioses mayores de este partido son Zorrilla, Salmerón y Figuerola, aunque funciona de Júpiter el primero. Entre el primero y el segundo hay, completo acuerdo.... en ir cada uno por su lado. En las ideas, según dicen, no discrepan, ni tampoco en los procedimientos; sólo disienten en quién ha de ser Su Majestad, aunque los dos, no obstante haber sido monárquicos, odian de muerte á los reyes.

Como es consiguiente, cada rival tiene su grupo ó escuadrón formado de aspirantes á ministros, subsecretarios, directores, gobiernos de provincia y demás puestos desde donde piensan servir como Dios manda los intereses de la burguesía y chasquear á los cándidos obreros que en ellos creen.

La armonía que reina entre la grey republicana progresista, entre esos hombres que sólo por hacer la felicidad de la patria aspiran á traer á todo trance una república á su gusto, no poderlos describiría nosotros; podríamos hacerlo mal y sería una lástima. Así, pues, dejáremos á los interesados que lo hagan, tomando de los extractos de la Asamblea que acaban de celebrar algunas pinceladas.

Discútese una proposición pidiendo que se voten los cargos de la Junta Directiva con papeleta firmada.

Dice el Sr. Ruiz Avila:

«Aquí se precian muchos de saber lo que es democracia, y, sin embargo, me han hecho perder las nociones que de ella tenía. La proposición presentada es contraria á nuestras ideas. Por otra parte, los representantes de los Comités que eligió con los que deben elegir la Junta Directiva, por el voto secreto, á que nosotros—dirigiéndonos á los salmeronianos—os oponía con esa invención, que bien sé á qué obedece.» (Voces: ¡Que lo diga! ¡Que lo diga!)

Sobre el mismo tema, aunque subiendo el diapason á que se ha ajustado su compañero, habla el Sr. La Hoz, uno de los dioses menores de más influencia entre los republicanos progresistas:

«Se firmaron las papeletas, á propuesta del Sr. Montemar, porque la división que reinaba en la Asamblea de 1883, como en la de ahora, no podía ser más funesta para nuestro partido. Aquella división no tenía otro origen ni otro motivo que la existencia de salmeronianos y zorrillistas.» (Voces: ¡Falso! ¡Falso! Gran tumulto.)

«Si existen mayoría y minoría—continúa—me tiene sin cuidado, pero os diré que al adversario que me trate mal, le desprecio. (Nuevo tumulto.) Ante vuestra persistencia en esa actitud, será forzoso creer que no estamos entre caballeros y que tendremos necesidad de acompañarnos de notario para hablar con un republicano.» (Gran tumulto.)

Como la armonía era cada vez mayor, tuvieron que celebrar sesión secreta para arreglarse zorrillistas y salmeronianos y algunos más que no eran ni una cosa ni otra. Y, con efecto, la armonía se produjo, como puede verse por los rayos de luz que arrojó el Sr. Sei, representante por Barcelona:



«Los hechos que aquí se realizan hacen traición á las palabras que se exponen. Habéis dicho en la sesión secreta que aquí no hay salmeronianos ni zorrillistas y... (Grandes protestas y voces: ¡Cállese lo que no debe ser público!)»

«El Sr. Sol: ¿Cómo que no? ¿Por qué no debe enterarse el país de lo que es? (Grandes voces.) ¡Sí! Yo he de decirlo todo; soy un representante de provincias que está cansado de tantas miserias.» (El tumulto aumenta.)

¿Qué tal les parece á nuestros compañeros? Una de las columnas de la coalición republicana, según confesión de uno de sus individuos, minada por las miserias antes de llegar al poder. Si esto ocurre ahora, ¿qué pasará luego?

La República, yendo en auxilio de sus aliados, trató de disculpar el espectáculo que estaban dando; atención que agradeció su colega de coalición Sr. La Hoz del siguiente modo:

«Habéis hablado de la autonomía municipal y provincial que se consigna en el Manifiesto de abril, y nada tiene que ver esto con la Asamblea, que es un Congreso donde se reúnen representantes elegidos por todas las provincias. Si celebrásemos la Asamblea en Zaragoza, la suscripción de la opinión pública dirá: los federales se reunieron allí, pues estos son federales. Yo no quiero ser ni será nunca federal, porque no quiero que la patria presencie nuevamente los tristes sucesos que hicieron verter tanta sangre.» (Aplausos.) Sepa el país que nosotros no le propondremos tan graves trastornos.»

Para mostrar la unidad existente en el partido que capitanean los tres ex monárquicos Zorrilla, Salmerón y Figuerola, basta con lo expuesto.

Lo mismo de las divisiones de éste que de las de los demás partidos burgueses debemos alegrarnos los trabajadores. Cuanto más desgredados se hallen los elementos burgueses, más fácil nos será aniquilarlos, primero moralmente, quitándoles las fuerzas obreras, y después materialmente destruyendo á la clase que los da vida.

Quizá no falte algún burgués corto de inteligencia que salga diciendo que la clase obrera está más dividida aún. Pero á esto podremos responder que antes los trabajadores, aunque unánimes, lo estaban en lo malo, esto es, en militar en las filas burguesas, y hoy la mayoría se halla fuera de ellas y los otros no tardarán en estarlo, que es lo principal; como lo están también en realizar su emancipación suprimiendo la burguesía. Si respecto á procedimientos no existe completo acuerdo, no tardará en haberlo, pues la explotación que todos sufren y el odio que todos sienten á sus explotadores les hará llegar á él.

De un discurso pronunciado por el Sr. Vallés y Ribot en Barcelona:

«Si la coalición republicana con la pléyade de propagandistas de que os he hablado, con ese apostolado que tan óptimos frutos ha de producir, sabe demostrar que en nuestras soluciones políticas va envuelta la resolución de trascendentales cuestiones sociales, que por medio de pacíficas evoluciones acelerarán la emancipación del proletariado, mejorando desde luego notablemente las condiciones morales y físicas en que ahora más bien muere que vive, no dudéis, no, que la clase obrera será, como siempre, la vanguardia de la democracia.»

Esto es tratar de echar el gancho á la clase obrera para que defienda la coalición.

Pero vamos á cuentas, Sr. Vallés.

La República francesa, ideal, á lo sumo, de los zorrillistas, en vez de facilitar la resolución de las cuestiones sociales, lo que hace es sostener los privilegios de la clase capitalista, como acontece en el asunto de Decazville; prender y condenar á los que apoyan á los obreros, como ha hecho con Roche y Duc Quercy, y acuchillar á los huelguistas cuando se niegan á trabajar por un salario reducidísimo. ¿Procederán de otro modo los zorrillistas cuando hayan establecido su República? No. Observarán igual conducta, ó quizá peor, que la de sus colegas de Francia.

La República federal de los Estados Unidos, esa República federal de que usted está tan enamorado, hace lo mismo que la República francesa. Decláranse en huelga los trabajadores del ferrocarril de San Luis, de que es propietario el millonario Gould, ¿qué hacen las autoridades? ¿sostener el derecho de los obreros? ¿apoyar al más débil y al que tiene razón en todo y por todo? No: hacen lo que las autoridades de cualquier otro país: ponerse de parte del parásito Gould, de ese explotador en alta escala de carne humana y, en defensa de sus intereses, golpear, acuchillar, herir y matar á los trabajadores en huelga. Y ahora, en estos instantes, ¿qué es lo que ocurre con los obreros que reclaman de los industriales la jornada de ocho horas? Pues ocurre, Sr. Vallés, que el Gobierno, en vez de establecer por medio de una ley aquella jornada de trabajo, cual debería hacer si favoreciese de veras los intereses obreros, da órdenes á la fuerza pública para que trate con todo rigor á los huelguistas y no tenga el menor reparo en herir y matar á los trabajadores. Esta es la hora, Sr. Vallés, en que la sangre de los obreros americanos, la sangre de nuestros hermanos de trabajo, ha sido derramada en virtud de órdenes de los correligionarios que usted tiene en América. Y los obreros españoles, si viniera aquí la federal, serían tratados igualmente que lo son sus compañeros de la América del Norte.

Por fortuna para los que no queremos ver á nuestra clase á remolque de los falsos revolucionarios, los sucesos que se están desarrollando en Francia y los Estados Unidos niegan con la elocuencia de los hechos, con esa elocuencia que no puede destruir ningún sofista, toda la palabrería, todas las promesas y todas las afirmaciones que los republicanos de todas clases, y sobre todo los zorrillistas y federales están prodigando en estos momentos con verdadero furor.

La lucha de clases, que hoy se señala con carácter marcadísimo, exige la formación de los dos bandos que la han de sostener: el uno formado por los productores y por cuantos aspiran á la socialización de los instrumen-

tos de trabajo; el otro constituido por los que defienden el salariado.

Y como en este segundo bando figuran los zorrillistas y federales, en unión de los otros partidos burgueses, los obreros deben permanecer sordos á sus sugerencias y llamamientos y tomar puesto entre las fuerzas socialistas, que es donde se pelea por la emancipación del cuarto estado.

Una prueba más de que sólo los intereses de la burguesía merecen la atención y el cuidado de los Gobiernos y sus delegados.

La Empresa del tranvía del Norte pretende elevar la jornada de trabajo de sus cobradores y mayores de dieciséis á dieciocho horas. Lo sabe la autoridad, pero no interviene en defensa del obrero, á quien se quiere tratar peor, mucho peor que á las caballerías empleadas en el arrastre.

Pretexto más aún la Empresa: al par de aumentarles las horas de trabajo quiere rebajarles el salario dos reales: de 14 que tenían antes á 12. Tampoco esto es motivo para que la autoridad defienda á los obreros.

Pero se les ocurre á éstos declararse en huelga, resistiendo á exigencias tan estupidas como inhumanas, y entonces la autoridad, el Conde gobernador de Madrid, previendo sin duda que podía estallar la ira de los obreros á quienes se quería explotar tan atrocemente y sufrir algo los intereses de la Empresa, se apresura á poner á disposición de ésta numerosa fuerza de guardias de seguridad que custodian la estación del mencionado tranvía y acompañan los coches que hacen el servicio. Y esto no un día, ni dos, sino cuantos deseen los burgueses de la referida Empresa.

Y seguramente que si uno de los huelguistas se excede en lo más mínimo, el enérgico Conde le hace pagar cara su falta; consintiendo en cambio á la mayoría de los industriales de Madrid que falten á la ley que regula el trabajo de los niños.

Suponemos que este hecho y otros muchos que se dan á todas horas, harán conocer á los trabajadores cuál es el verdadero carácter de las autoridades.

Aunque escritos en tono algo zumbón, tomamos de una correspondencia de Nueva Orleans (Estados Unidos), aparecida en *El Socialista*, de Méjico, los siguientes párrafos que constituyen un dato más del estado feliz y próspero en que se halla la clase obrera norteamericana:

«En vano se pretendería disimularlo, y mucho menos negarlo: estamos en plena crisis económica en toda la Unión, habiendo iniciado las quiebras Nueva Orleans, así como la cuestión social Chicago.»

«Las lamentaciones aumentan al ruido de las bancarrotas; el malestar crece como las inundaciones del Mississippi en los meses de primavera, y á juzgar por los coros jermiáticos, sería necesario traer de Padua aquella famosa piedra que sirvió en un tiempo para librar á los deudores de las persecuciones de sus acreedores.»

«Por tres días consecutivos (dicen los cronistas) era el deudor paseado casi desnudo alrededor de la piedra colocada en medio de la plaza del mercado, llena de gente, y allí se le hacía jurar que todo su haber no consistía en un escudo.»

«Después de hacerle pasar por esa vergonzosa prueba, se le declaraba insolvente.»

«Como quiera que se asegura existen en esta localidad cincuenta mil hombres sin trabajo, digamos sin dinero, no es aventurado suponer que si una mañana apareciese frente al City-Hall la reliquia paduana, y los tribunales quisiesen parodiarse por una vez la sencilla costumbre de la Edad Media, resultaría que tendríamos que acudir á las Memorias (aun no publicadas) de la señora Eva para saber cuales fueron las últimas modas del Paraíso, atendido el empeño de los acreedores en proponer el uso de las muy primitivas.»

«Por lo tanto, no es extraño encontrarse á cada momento con semblantes escuálidos y macilentos que bostezan de hambre y tosen de frío, según la expresión justa de Rutebenf, al hablar de poetas y literatos.»

«Casas de comercio que se creían más sólidas que la estatua de Jackson, han cedido al impulso de unas cuantas pacas de heno ó algodón no pagadas; fábricas prósperas ayer sucumben hoy y compañías millonarias disputan á sus operarios unos cuantos centavos de los mezquinos sueldos.»

«Todo tendrá remedio á su tiempo: esperémosle en la mejor de las repúblicas del mejor de los mundos conocidos.»

El Sr. Cánovas ha dado una conferencia la anterior semana en el Círculo de la Unión Mercantil.

El jefe de los conservadores ortodoxos, teniendo en cuenta sin duda el carácter burgués del citado Círculo, hizo el siguiente epigrama:

«Aquí me encuentro—dijo—mejor que en otra parte, porque yo soy, como la generalidad de vosotros, un hombre de trabajo que todo se lo debe á sí mismo.»

No sabemos si este rasgo de ingenio fué aplaudido por los que escucharon al monstruo.

## CARTA DE FRANCIA

Paris, 9 de mayo de 1896.

La elección legislativa del 3 de mayo en el departamento del Sena marcará una fecha memorable en la historia del socialismo moderno. La derrota del candidato socialista Ernesto Roche ha tenido lugar en circunstancias excepcionales: la reunión de elementos tan contrarios ha sido tan poderosa, tan desusada, que, aparte toda exageración y todo optimismo, puede considerarse casi como un triunfo.

El candidato de la revolución social, de la reivindicación obrera y de la expropiación capitalista, ha obtenido en París y sus alrededores 100.795 votos.

El candidato de León Say y de la clase explotadora en todas sus fracciones sin distinción, monárquicos, republicanos conservadores, republicanos oportunistas y republicanos radicales, ha sido elegido por 116.019 votos.

Dada la forma actual de la elección por departamentos,

tos, ó «votación libre», y la coalición burguesa increíble en un principio y conocida solamente á última hora, este resultado era de esperar. Nótese que, siendo necesario para ser elegido obtener la cuarta parte de los votos de los electores inscritos, y siendo esta cuarta parte de 142.000, habría bastado que una fracción cualquiera de la burguesía, los monárquicos ó los oportunistas, presentasen un candidato que habría reunido lo menos 10 ó 12.000 votos para que no hubiese habido elección, y que en segundo turno pasase el candidato socialista.

Si se considera: 1.º, que para luchar en los veinte distritos de que se compone París y en los distritos extramuros, y para combinar en tan vasto campo las fuerzas electorales de un partido se necesitan recursos pecuniarios considerables de que no podrá disponer nunca un partido como el nuestro; 2.º, que en estas, que podríamos llamar batallas campales, la prensa periódica representa un papel de primer orden, casi decisivo, y que la candidatura socialista no tenía por sostenedores más que dos periódicos diarios, mientras que el candidato de la Compañía minera del Aveyrón contaba, además de los cuantiosos recursos de sus ricos patronos, con el apoyo directo y decidido de ocho ó diez periódicos republicanos y con el indirecto ó implícito de todo el resto de la prensa burguesa, y, finalmente, que el pueblo de París es un pueblo esencialmente político, y que en sus luchas heroicas por la libertad y por la República estaba acostumbrado á confundir su propia causa con la del partido republicano, y principalmente de las fracciones más avanzadas, lo que explica fácilmente la inmensa mayoría alcanzada hasta ahora por los radicales en las elecciones parisienses; si se consideran, repito, todas las circunstancias que han acompañado la elección del 3 de mayo, la derrota de Roche se transforma en un verdadero triunfo para la causa del socialismo revolucionario; pudiendo afirmarse desde luego, con datos irrefutables, que de los 100.000 electores—obreros en su casi totalidad—que han votado por el candidato de la unión socialista, la mitad, por lo menos, habían depositado en las urnas el 4 de octubre del año pasado la lista radical. Respetable falange de 50.000 proletarios que los radicales, según expresión de un amigo nuestro, «harán bien en saludar al paso», porque no volverán á verlos en sus filas.

Hecha la recopilación de los votos por distritos, resulta que en casi todos aquellos donde domina el elemento proletario el candidato de la coalición burguesa ha quedado en minoría: en el xv, en el xviii, que había elegido siempre á Clemenceau por una inmensa mayoría; en el xix, que durante dos legislaturas, cuando regia el antiguo sistema electoral, había elegido diputado al gambetista Allain-Targé, y sobre todo en el xx, ó sea en Belleville, que ha dado 9.000 y pico de votos á Roche por 7.200 á Gaulier, á cuyos distritos hay que añadir seis pueblos de la banlieue ó cercanías de París, Saint-Denis, Courbevois, Pantin, los Prés-Saint-Gervais, Puteaux y Saint-Ouen, que han sacado el yugo radical para venir á nuestro campo con armas y bagajes.

El ciudadano Roche, que había sido puesto en libertad «á última hora» para que viniese á defender su candidatura, ha dirigido á sus electores el siguiente manifiesto:

«Ciudadanos: El París de los gloriosos días ha aparecido de nuevo en la arena del combate.

«Por más de 100.000 votos ha afirmado la solidaridad que le une á los mineros de Decazville, ha repudiado las violencias del Gobierno, ha anatematizado una magistratura servil que deshonra la justicia, y sobre las ruinas de un partido, impotente en lo porvenir, ha plantado con orgullo la bandera del socialismo.

«Habiendo sido puesto en libertad cuatro días solamente antes de la elección, no he podido asistir sino á un corto número de reuniones públicas. Y en ninguna parte he observado la presencia de nuestros contradictores, que no han cesado de esquivar la discusión, por vergüenza sin duda del papel que representaban y confiados en la protección de ciertos hombres, cuya alianza no es fácil confesar sin comprometerse.

«Si el periodo electoral hubiese durado quince días más, nuestra victoria era segura. El resultado de la primera elección, al cerrarnos repentinamente la boca, ha salvado á radicales y oportunistas coaligados de una derrota inevitable.

«¡Soy CIENTO MIL!, es decir, un ejército que nadie quebrantará, cuyas filas se engrosarán con la lucha, cuya misión es sagrada y cuya bandera lleva en sus pliegues la emancipación de los trabajadores y el establecimiento de la República social.

«Nuestros enemigos—desde los barones orleanistas del capital hasta los pontífices destronados del radicalismo—han consumado su doble suicidio contrayendo una alianza monstruosa.

«Nosotros somos el porvenir que se levanta: ellos son el pasado que declina.

«Orgulloso con vuestros sufragios, me vuelvo á Villefranche á reunirme con mi amigo Duc-Quercy en aquella prisión que los Vacquier han abierto para nosotros y que los Clemenceau han mantenido cerrada.

«Termino manifestándoos mi gratitud y diciéndoos: ¡adelante!—ERNESTO ROCHE.»

En efecto, el candidato socialista de París volvió anteayer, «por su propia voluntad», á la cárcel pública de Villefranche, donde aguardará, en compañía de Quercy, á que el tribunal de Casación anule la sentencia del de primera instancia.... ó la confirme, que es lo más probable.

Según en mi anterior indicaba, las intrigas para envolver á los mineros en las redes de la Compañía continúan en Decazville. Un tal Remés, contratista de obras públicas, vulgo contratante de esclavos blancos, sin que se sepa con qué título ni á qué fin—ó mejor dicho, el fin se conoce demasiado—es el que maneja los hilos de esta grosera trama. Sus viajes á París, sus entrevistas con



León Say, director de la Compañía minera, y sus proposiciones en nombre de éste a los delegados de los huelguistas, están dando que hablar a toda la Prensa de algunos días a esta parte.

Este olicioso negociador dice con un aplomo envidiable, a todo el que quiere oírle, que los mineros «están cansados de no trabajar», y que con poco que la Compañía les conceda de sus pretensiones «volverán inmediatamente a la mina». Pero estas concesiones de la Compañía son tan insignificantes, por no decir tan nulas, que en un *meeting* celebrado anteayer en Decazeville, y organizado por Remés, Basly no tuvo dificultad en demostrarle que todas las ventajas que presentaba como concesiones de la Compañía eran completamente falsas ó ilusorias, y que sus propósitos tendían únicamente a engañar a los mineros para que volviesen al trabajo.

El prudente mediador, que Basly ha desemascado probándole que era un agente asalariado de la Compañía, tuvo por conveniente evacuar el local donde se verificaba la reunión antes que el diputado minero terminase su discurso.

Hoy deben tener lugar varias reuniones de mineros en Combes, Firmy y Decazeville para acordar la respuesta que conviene dar a las proposiciones presentadas por Remés. Creo que éste debe dar por terminada su misión.

Los socorros siguen afluyendo a la Caja de la huelga. Entre otras sociedades y grupos de diferentes países, una Sociedad obrera de Nueva York ha enviado mil pesetas, acompañadas de la siguiente notable carta que dirige al periódico *Le Cri du Peuple*:

«Union n.º 1 of the Cigars Makers Progressive Union of America.

«Ciudadanos: Por vuestro periódico hemos sabido que los mineros de Decazeville continúan la lucha contra sus explotadores.

«Movidnos por el sentimiento de la solidaridad, que no admite ni los antagonismos de razas ni las separaciones de fronteras, hemos decidido aportar nuestro débil concurso a la lucha, a fin de que su desenlace sea lo más beneficioso posible a nuestros hermanos de Francia.

«Les enviamos, pues, una libranza de doscientos dólares (mil pesetas), sintiendo no poder hacer más, en medio de la terrible crisis que nosotros también atravesamos, y deseando que nuestros hermanos sacudan en fin el yugo del capital, alcanzando una victoria que contribuirá a la emancipación definitiva del Trabajo.

«Salud fraternal.—EMILE GARVE.

«Nueva York, 23 de abril de 1886.»

Este acto de solidaridad internacional es la mejor prueba de la comunidad de ideas y de intereses que empieza a unir a los proletarios de todos los países. El día en que esta unión abraza los principales grupos y organizaciones obreras de todos los pueblos, tomando la forma de una vasta federación de trabajadores, ese día la revolución a que aspiramos estará hecha.

El internacionalismo obrero será la muerte política y social de la clase capitalista que hoy detenta el poder. Hace tiempo que nuestros explotadores lo sospechan.

## DESPOTISMO PATRONAL.

Si fuera posible registrar los atropellos y abusos que en las fábricas y talleres se cometen a todas horas con los asalariados, ya sean niños, mujeres ó hombres, las columnas de nuestro semanario serían insuficientes para dar cabida a una mínima parte. Pero, ora porque los que los sufren los consideran como cosa natural y corriente, ora porque la denuncia de ellos sea castigada por los patronos con la privación de trabajo, la verdad es que la mayoría de los desmanes llevados a cabo por los detentadores de los medios de producción son conocidos solamente por las víctimas de ellos, quedando ignorados para los demás. Sin embargo, como se repiten con demasiada frecuencia, como cada vez revisten un carácter más despótico y cruel, y la paciencia de los obreros se va agotando, nótese de día en día que muchos de éstos, aun exponiéndose a perder su mísero salario, dan a los vientos de la publicidad, denuncian ante sus compañeros de trabajo las infamias de que son objeto por parte de sus explotadores.

No sostendremos nosotros que el sacar a plaza estos hechos logre impedir su comisión, pues demasiado sabemos que son inherentes a un sistema de trabajo que descansa en la opresión de unos y la esclavitud de otros, ó lo que es lo mismo, en el asalariado; pero si creemos que su publicidad constante y su censura ha de disminuir el número de casos, ó, por lo menos, servir eficazmente a que los proletarios aborrezcan de muerte un modo de producción que, no sólo les priva de lo necesario para la vida, sino que los tiene sometidos a una tortura moral constante.

En este sentido, pues, consideramos útil dar a conocer los desafueros patronales, y como ya tenemos conocimiento de algunos, empezamos hoy esta tarea, que continuaremos en lo sucesivo, si los trabajadores que sean víctimas del despotismo industrial tienen a bien comunicárnoslo.

\* \*

En Barcelona, un burgués calderero, Tomás Barberá, quiso impedir a uno de sus obreros que fumara durante el trabajo, maltratándole al propio tiempo de palabra. Como otro compañero le hiciera notar que no tenía derecho a exigir eso, el tal Barberá la tomó con él, sosteniéndose entre ambos un vivo altercado, en que el industrial hizo gala del más escogido lenguaje. Cuando llegó el sábado, dijole al obrero con quien había tenido la cuestión, que no podía darle trabajo sino tres días a

la semana; a la siguiente, y pretextando que no tenía obra, le declaró suspenso.

Es natural. Tomar la defensa de un compañero y responder a su señor ¿qué menos merece que dejar en medio de la calle a quien se ha atrevido a tanto? Pero si el Sr. Barberá trata mal a los obreros, en cambio los paga peor: los jornales que da son de 10 y 11 reales.

\* \*

En Manresa, en la fábrica de D. Manuel Fortuny, los obreros hacen una jornada, término medio, de catorce horas diarias, percibiendo por este ligero trabajo un salario de 10 reales 18 céntimos los que más ganan, y de 6 reales 18 céntimos los demás. El director de este presidio, pues mejor merece este nombre que el de fábrica, no piensa en otra cosa que en recargar de trabajo a los obreros y en disminuirles el salario. Queriendo los trabajadores evitar tanto mal algún día, acuerdan asociarse y ponen en práctica su acuerdo; mas enterado de ello el director, echa al obrero que había iniciado la creación de la Sociedad y amenaza a los demás con despedirlos si no dejan de ser asociados.

Contra estos reyezuelos, más crueles y tiranos que los que ciñen corona, no tiran los republicanos.

¡Claro! como que muchos de ellos son partidarios de las ideas que proclaman Zorrilla y Pi y Margall.

\* \*

En las fábricas del Sr. Rosés, en Cornellá, hay un director y un subdirector, llamados Miguel Perona y José Pastó, que se dejan atrás a los cabos de vara más crueles. No solo sus pensamientos y sus cuidados están fijos en reducir a los obreros sus infimos jornales, haciéndoles pagar cristales rotos y rodetes, que no han estropeado, sino que llegan a maltratar de palabra y de obra a los infelices que tienen a sus órdenes. No hace muchos días que el Sr. Pastó tiró un cuchillo y un punzón a un obrero de la sección de hilados, causándole una herida y dando el consiguiente disgusto a su familia.

Y luego chillan los burgueses cuando se hace desaparecer un Watrin ó otro tirano, por el estilo! ¡Lo que es lástima es que no se valtrine un poco más!

\* \*

En el *Boletín Oficial* del Arte de Imprimir de Madrid encontramos esta denuncia:

«Hace algunas semanas que el Sr. Apaolaza, encargado de la imprenta de *El Globo*, despidió porque sí a nuestro compañero Eduardo Novés: como no existía ninguna razón para ello, procuró recabar de aquel señor la explicación de su conducta, y sólo obtuvo esta ó parecida contestación: «Si le despidió a usted injustamente, también conmigo lo han hecho alguna vez.» Ante tal exabrupto, acudió en queja al propietario del periódico, D. Eleuterio Maisonnave, el cual reconoció la justicia que le asistía y le prometió una reparación. Transcurridos algunos días volvió nuestro consocio a saber el resultado de la intervención del Sr. Maisonnave en el asunto, y éste le repitió que, en efecto, había sido víctima de un atropello por parte de Apaolaza; pero que mediando entre éste y la empresa conveniencia de intereses, le era imposible cumplir lo prometido.»

De cuyo hecho se deducen dos cosas: la primera, que el encargado cometió una arbitrariedad de a folio, y la segunda, que el Sr. Maisonnave, ex ministro de la República, cumplió su palabra de reparar tal desafuero, como ha cumplido sus compromisos políticos, y como los cumplen y cumplirán los demás republicanos.

Bien claro lo ha dicho el ex ministro de la Gobernación: *conveniencias de intereses le impedian cumplir lo prometido*: lo que, traducido al lenguaje obrero, quiere decir que cuando esas *conveniencias* no lo impidan, que será... nunca, entonces y solo entonces cumplirán los republicanos lo que hayan prometido hacer en beneficio de la clase trabajadora.

\* \*

Tomamos del mismo *Boletín*:

«En la imprenta-papelería de D. Ricardo González había hace poco tres oficiales de cajista: percibían el salario de 25 pesetas semanales cada uno, y en dicho período trabajaban de 75 a 80 horas, es decir, 12 ó 13 por día. Esto lo justificaba el Sr. González del siguiente modo: la jornada ordinaria es de 10 horas; mas para que en limpio el operario trabaje ese tiempo, es necesario añadir dos ó tres en que calcula el que se pierde hablando, fumando, estornudando y... respirando. Como se ve, la raza negra no se extingue. La imprenta se halla instalada en una cueva a la profundidad de tres metros del nivel de la calle, que a más de una humedad insoportable, exige de continuo la luz artificial. Pero esto es poco aún: después de tanto *comfort*, el tal... señor quería convertir a los cajistas en humildes lacayos y pretendió de nuestro compañero Joaquín Revilla que sirviera de mozo de cordel a un comprador, acompañándole cargado con la mercancía. Claro está que rechazó como debía tal exigencia, teniendo que abandonar por esto el trabajo, y siguiendo igual conducta sus camaradas de ingenio Francisco Feito y Benito Valbuena.»

Y el vampiro que tan inhumanamente explota a sus obreros llegará a decir con el tiempo, parodiando a Cánovas en la Unión Mercantil, que todo lo que tiene se lo debe a sí mismo.

## MOVIMIENTO POLÍTICO

ESPAÑA

Barcelona.—Nuestros correligionarios de la capital del Principado han celebrado el 2 del actual un importante *meeting*.

Presidióle el compañero Vallés é hicieron uso de la palabra nuestros amigos Pich, Reoyo, Martín Rodríguez y Caparó.

El primero expuso los motivos que había tenido para abandonar las filas republicanas y abrazar la causa del Partido Socialista Obrero. «Si otra razón no pudiera alegar—dijo—me bastaría la de ver cada fracción republi-

cana por su lado, prueba inequívoca de que no es el bien general el que las guía, sino la sed de mando y predominio sobre la clase trabajadora, en quien no ven más que la fuerza para conseguir sus propósitos.»

Reoyo sostuvo que tanto los federales como los demás republicanos nada han hecho en favor de la situación económica del obrero. Dijo que algunas de las reformas de inmediata aplicación del Partido Socialista las tenía en su programa el partido republicano; pero que, a pesar de eso, y hallándose entre ellas la de libertad de asociación, en la huelga de los tipógrafos de Barcelona, *El Diluvio*, la *Gaceta de Cataluña* y algún otro diario democrático se unieron a los industriales y pusieron a sus obreros en la alternativa de optar entre el trabajo ó la Sociedad, cosa a que no llegaron periódicos tan reaccionarios como *El Correo Catalán*, el *Diario de Barcelona* y la *Crónica de Cataluña*. Añadió que análoga conducta había seguido la prensa republicana de Madrid en la huelga de los tipógrafos el año 82. «¿Habéis visto—dijo—que en las luchas entre el capital y el trabajo se hayan puesto a nuestro lado los demócratas? ¿Recordáis que los diputados republicanos hayan levantado su voz en la Cámara en favor de los obreros atropellados, ni protestado de las persecuciones y sentencias que se les han impuesto por defender sus derechos? Si lo dicho no bastase para probar que nada debemos esperar de la burguesía, titúlese como se titule, ahí está la ley sobre el trabajo de los niños, que, aunque deficiente, beneficia un poco nuestros intereses, y que fué elaborada por las Cortes republicanas del 73. ¿Tenéis noticia de que algún industrial ó fabricante demócrata la cumpla? Aseguro que no. En cambio yo puedo citaros a *El Liberal* y *La República*, que han faltado a ella, y a *La Renaixensa*, modelo de independencia, que se ha negado a recibirnos cuando fuimos a pedirle que reclamase su cumplimiento.»

Después de Reoyo, usó de la palabra Martín Rodríguez, sosteniendo la necesidad de que el proletariado se organicase como clase para arrancar a la burguesía medidas que favorezcan en algo a los trabajadores, y excitó a éstos a que ingresaran en el Partido Obrero, único a su entender que defiende los intereses de los productores y que ha de destruir la explotación del hombre por el hombre.

Al compañero Martín siguió nuestro amigo Caparó, quien después de extensas consideraciones, pertinentes al asunto, sostuvo que el socialismo no era invención de uno ó más hombres, sino producto del régimen burgués, y que al trabajar por su triunfo no se pretendía crear un privilegio, como había hecho la clase media al subir al Poder, sino desterrarlos todos y proclamar la redención humana por medio de la transformación de la propiedad individual en propiedad común, único modo de garantizar la vida de todos los seres y de que desaparezca el oneroso yugo que los menos ejercen sobre los más. «A fin, pues—dijo—de implantar el reinado de la justicia social, el Partido Socialista Obrero aspira a la posesión del poder político por la clase obrera. Si para el triunfo de la democracia se nos necesita, que se nos busque como Partido Obrero, no como hasta la fecha, pues juzgamos que la conquista del Poder por la democracia adelanta nuestra obra, contribuiremos a su consecución condicionadamente. Para concluir, y a fin de evitar confusiones, diré que el Partido Socialista considera obreros a todos cuantos desempeñan una función útil a la sociedad. Los que estén con nosotros, que nos sigan; los que no, que obren con libertad y franqueza.»

El compañero Oller, federal, se declaró de acuerdo con lo expuesto por la Comisión del Partido Socialista; pero dijo que él juzgaba que para conseguir el socialismo era necesario alcanzar primero la democracia, por lo cual suponía que sin dejar de ser federal podía defender el socialismo y ayudar su causa.

Breves consideraciones fueron suficientes para convencer de su error al compañero Oller.

El resultado de esta importante reunión ha sido la inscripción en nuestro Partido de un buen número de trabajadores.

Gracia.—También aquí han estado nuestros compañeros de Barcelona, Garroset, Lacruz y Caparó, con objeto de hacer propaganda por las ideas de nuestro Partido.

## MOVIMIENTO ECONÓMICO

ESPAÑA

Madrid.—Por el último número del órgano de la Federación Tipográfica vemos que esta organización obrera ha aumentado sus huestes con una Subsección, formada por los tipógrafos de Játiva. Confía además que los obreros de la Imprenta santanderinos, que están llevando a cabo los trabajos necesarios para constituirse en Sociedad, ingresarán en breve plazo en la referida Federación. La Caja central de ésta contaba en 3 de mayo con un fondo de 2.015,72 pesetas, de ellas 1.700 impuestas en la Caja de Ahorros.

—La Sociedad del Arte de Imprimir acordó en su última junta general reclamar del ministro de la Gobernación que en la subasta de la *Gaceta* y demás trabajos que se hacen en la Imprenta Nacional, se establezca la cláusula de que el precio de la mano de obra no podrá ser inferior al que marcan las tarifas de la Sociedad, y que sólo deberán emplearse en ellos obreros adultos.

San Quirico de Besora.—La huelga de la fábrica de los Sres. Guixá se mantiene con entusiasmo y firmeza por los obreros, que están de todo punto resueltos a no volver al trabajo mientras los industriales no accedan a su justa demanda. Como indicamos en otro número, consiste ésta en un pequeño aumento de salario, que aun obtenido, no llegará a igualar el que perciben los trabajadores de las demás fábricas de la comarca.



## LA COMMUNE

## LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA (1)

## IV.

El primer ensayo de la conspiración de los esclavizadores de dominar a París haciéndolo ocupar por los prusianos, fué frustrado por la negativa de Bismarck. El segundo ensayo, el 18 de marzo, terminó con la derrota del ejército y con la huida del Gobierno á Versalles, que hizo que toda la administración se dispersara y siguiera sus huellas. Aparentando negociar la paz con París, Thiers halló el tiempo para preparar la guerra contra él. ¿Pero dónde hallar un ejército? Los restos de los regimientos de línea eran diversos en número y de carácter peligroso. Su urgente llamamiento á las provincias para que acudieran al auxilio de Versalles con sus guardias nacionales y sus voluntarios, fué contestado con una franca negativa. Sólo la Bretaña les mandó una turba de chuanes agrupados bajo una bandera blanca, que llevaban en el brazo un corazón de Jesús, de tela blanca, y gritaban «¡viva el rey!» Thiers se vió entonces precisado á reunir precipitadamente una masa heterogénea compuesta de marineros, zavaos pontificios, gendarmes de valentía y guardias municipales y espías de Pietri. Sin embargo, este ejército hubiera sido ridículamente impotente sin el auxilio de los prisioneros de guerra imperialistas, que Bismarck permitió volver justo en número suficiente para entretener la guerra civil y conservar al Gobierno de Versalles en la abyecta dependencia de Prusia. Durante la misma guerra, la policía guardaba al ejército de Versalles, mientras que los gendarmes se veían continuamente expuestos por confiárseles todos los puestos peligrosos. Los fuertes que cayeron al principio no fueron tomados, sino comprados. El heroísmo de los federales convenció á Thiers de que la resistencia de París no hubiera sido vencida por su genio estratégico ni por las bayonetas que tenía á su disposición.

A todo esto, sus comunicaciones con las provincias iban siendo más y más difíciles. Ni una sola adhesión vino á regocijar á Thiers y á sus rurales. Todo lo contrario. Recibieron de todas partes diputaciones y exposiciones tan numerosas, pidiéndoles, en un estilo nada respetuoso, la reconciliación con París basada en el sincero reconocimiento de la República, en la aclamación de las libertades comunales y en la disolución de la Asamblea Nacional, cuyo mandato había terminado: que Dufaure, ministro de Justicia de Thiers, en su circular del 23 de abril á los fiscales públicos, mandó considerar como un crimen «el grito de conciliación».

Sin embargo, en vista de la desesperada perspectiva que presentaba su campaña, Thiers resolvió cambiar de táctica, ordenando que el 30 de abril tuvieran lugar en todas las localidades las elecciones municipales, según la nueva ley municipal dictada por él mismo á la Asamblea Nacional. Con las intrigas de sus prefectos y con las intimidaciones de su policía trató de investir á la Asamblea Nacional, por medio del veredicto de las provincias, de aquel poder moral que nunca poseyó, y de obtener, por último, de las provincias, la fuerza material necesaria para la conquista de París.

Thiers estuvo ansioso desde el principio de acompañar con apariencias de conciliación, que sólo debían servir de pretexto, sus bárbaros actos contra París, alabados en sus propios Boletines, y la intención de sus ministros de establecer el reinado del terror en toda la Francia. Esto era engañar á las provincias, engañar al elemento de la clase media en París y, sobre todo, facilitar á los llamados republicanos de la Asamblea Nacional la ocasión de ocultar su traición contra París detrás de su pretendida confianza en Thiers. El 21 de marzo, cuando no tenía aún ejército, decía delante de la Asamblea: «Sucedá lo que quiera, no mandaré un ejército contra París.» En 27 de marzo decía también: «He encontrado la república como un hecho consumado, y estoy firmemente resuelto á sostenerla.»

En realidad, Thiers suprimió la revolución en Lyon y en Marsella en nombre de la República, mientras los alardes de sus laureles ahuyentaban hasta el nombre de república en Versalles. Después de esta hazaña, cambió el «hecho consumado» en un hecho hipotético. Los príncipes de Orleans, á quienes había él alejado cuidadosamente de Burdeos, estaban ahora en flagrante contradicción con la ley, permitiéndose intrigar en Dreux. Las concesiones ofrecidas por Thiers en sus interminables entrevistas con los delegados de París y los de las provincias, aunque variaban continuamente de tono y de color, según el tiempo y las circunstancias, tuvieron siempre por mira, más bien que pedir el castigo del «puñado de criminales complicados en la muerte de Lecompte y de Clemente Thomas», hacer que París y la Francia aceptaran sin reserva la premisa de que Thiers era la mejor de las repúblicas posibles, como él había hecho en 1830 con Luis Felipe.

En todas estas concesiones no fué él solo quien se encargó de envolverlas en dudas con los comentarios hechos en la Asamblea por sus ministros. Tenía, además, á Dufaure para obrar. Dufaure, ese decrepito abogado orleanista, había sido siempre el *justiciero* de los estados de sitio, lo mismo ahora en 1871, bajo el gobierno de Thiers, que en 1839, bajo el de Luis Felipe, ó que en 1849 durante la presidencia de Luis Bonaparte, mientras que cuando no ejercía ningún cargo, se creaba un capital pecuniario, abogando en favor de los capitalistas de París, y un capital político combatiendo las leyes que él mismo había promovido.

En la ocasión presente no sólo impelió á la Asamblea Nacional á dictar una serie de leyes represivas, que, des-

(1) Documento publicado á raíz de la caída de la Commune por el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Aplaudimos la conducta enérgica de los huelguistas de casa Guixá y esperamos que sea compensada con un rápido triunfo.

**San Sebastián.**—Los tipógrafos de esta capital tratan de constituirse en sociedad de resistencia á ingresar en la Federación Tipográfica. Mucho nos alegraremos que consigan tan sanos propósitos.

**Campdevanol.**—Con el fin de afianzar y robustecer la Sociedad recientemente constituida en este pueblo, ha llevado á efecto una importante reunión obrera en que nuestros amigos Minguell, Masolí, Guiteras, Genollá y Prat expusieron extensamente la necesidad y ventajas de la Asociación, sin la cual, hoy más que nunca, el obrero está completamente á merced de los caprichos y codicia del patrono. El resultado de esta reunión ha sido magnífico, siendo muchos los obreros que han solicitado su ingreso en la Sociedad.

**Badalona.**—Gran número de industriales, prevaleciendo de la crisis económica que tantos estragos realiza, están llevando á sus últimos límites la explotación de sus obreros, á quienes más de una vez han provocado á la huelga con sus abusos. Los trabajadores badaloneses, que son veteranos en las luchas contra el capital, han evitado con prudencia y habilidad todo choque que pudiera dar lugar á una contienda en que sus enemigos alcanzaran fácil triunfo; pero no por esto olvidan cuanto malo están haciendo los fabricantes y se disponen, por si en lo sucesivo no hubiese enmienda, á prepararse lo mejor que puedan para poner dique á sus desmanes.

Los fabricantes que más se distinguen por su mal comportamiento con los obreros son los Sres. Mundó y Compañía, Funosas, Guixeras y Sans.

Estimamos acertadísima la conducta de los obreros de Badalona, los cuales sin duda alguna sabrán probar á los que abusan hoy de su mala situación que tienen buena memoria y que saben hacer buen uso de la fuerza que les da la unión.

## SUIZA

Los tribunales de Basilea han condenado á cuatro obreros huelguistas á pagar una multa por haber abandonado el trabajo sin avisar al industrial con quince días de anticipación.

En San Galo se ha verificado una importante reunión obrera con objeto de organizar en una sola Asociación á todos los trabajadores del cantón.

## BELGICA

En una correspondencia de Gante, publicada en *El Tipógrafo*, de Bruselas, leemos que en la imprenta del Vooruit, órgano del Partido Obrero Belga, se paga á los obreros un salario superior al que tienen los industriales impresores, no admitiéndose además en ella á los trabajadores que no están asociados.

## IRLANDA

Declarados en huelga los obreros que se dedican á la fabricación del vidrio en Dublín, los industriales pensaron ocupar sus puestos con trabajadores daneses. Con efecto, ocultando la causa de la huelga consiguieron reunir unos 100. Pero, como era natural, al llegar los obreros daneses á Dublín se enteraron de lo que había ocurrido, y entonces, atentos á lo que exige la solidaridad obrera, declararon que ellos no ocupaban los puestos de sus compañeros de trabajo.

Vese por tan digno acto que los obreros daneses no han olvidado el apoyo moral y material que en su importantísima huelga del año último recibieron de los trabajadores de Europa y América.

## ESTADOS UNIDOS

La huelga—ó batalla—en pro de las ocho horas de trabajo se extiende y generaliza, tomando á cada instante un aspecto más imponente. Muchos patronos se han visto obligados á ceder. Los *meetings* y las manifestaciones públicas están á la orden del día, y en muchas poblaciones, como Chicago, Nueva York y otros centros industriales, se reproducen. En Chicago, no solamente los huelguistas vinieron á las manos con la policía, sino que también se han batido con las tropas federales, resultando de esta lucha considerable número de muertos y heridos. La clase capitalista está furiosa al ver la rebeldía de sus siervos. La Prensa de todos los Estados combate con saña el movimiento obrero y sobre todo los elementos socialistas. Sostienen que el virus revolucionario, la semilla socialista, la han llevado allí los obreros alemanes, y á este propósito se dice que las Cámaras federales estudiarán el modo de prohibir la inmigración. Al objeto de sofocar el movimiento no se perdona ningún medio. En Chicago se ha suspendido un periódico socialista, disueltos los clubs revolucionarios, las Asociaciones declaradas criminales, las casas de los socialistas registradas y arrebatados cuantos papeles se han encontrado en ellas, multitud de socialistas presos, la policía armada de rifles y con instrucciones de hacer fuego al menor sintoma de resistencia; en una palabra, se ha empleado un lujo de autoridad, que hace preguntar si se trata de Rusia, donde impera la autocracia más pura, ó de una República federal. Se teme que lo mismo que en Chicago ocurra en Cincinnati, donde las manifestaciones obreras son formidables y llevan el espanto á los ánimos de la burguesía, de esa burguesía norteamericana, más inmoral, más codiciosa y más despótica que la de los demás países. El Gobierno de Washington, como digno representante de ella, ha dado órdenes apremiantes para reforzar la guarnición de Cincinnati con cuatro regimientos federales. Mucha sangre obrera ha corrido en esta campaña: quizá se derrame más aún; pero si nosotros debemos sentirlo mucho, como lo sentimos, por ser sangre de trabajadores, la clase burguesa en general tendrá que sentirlo más, porque tan vandálicos hechos harán ver á los obreros, lo mismo norteamericanos que europeos, que de los demás países llamados civilizados, la necesidad que existe de aniquilar á la raza explotadora, ya sus representantes eñan coronas, ya cubran su cabeza con el gorro frigio.

pués de la toma de París debían acabar con los últimos restos de las libertades republicanas en Francia, sino que empeoró la suerte de París abreviando los para él lentos procedimientos de los consejos de guerra, y decretando un nuevo código draconiano de deportación. La revolución de 1848 aboliendo la pena de muerte para los delitos políticos, la reemplazó por la deportación. Luis Bonaparte, á lo menos en teoría, no se atrevió á restablecer el régimen de la guillotina. La Asamblea rural no se atrevió tampoco á tratar á los rebeldes parisienses como asesinos, y confió su venganza contra París al nuevo código de deportación de Dufaure. Bajo la presión de estas circunstancias, el mismo Thiers no podía haber ido con su comedia de conciliación, como él entendió hacerlo, á arrancar más clamores de rabia de los rurales, quienes aparentaban no comprender su juego ni la necesidad en que se hallaba de emplear la hipocresía, el engaño y la procaçidad.

El 27 de abril Thiers representó una de sus grandes escenas de conciliación, con objeto de impedir las elecciones municipales del 30 del mismo mes. En medio de un raudal de retórica sentimental exclamaba en la tribuna de la Asamblea: «No existe ninguna conspiración contra la república; son los parisienses los que nos obligan á derramar sangre francesa. Lo repito de nuevo. Deponed esas armas impías que empuñan vuestras manos, y habrá perdón para todos, menos para un corto número de criminales». A la violenta interrupción de los rurales, replicaba: «Decidme, señores, os lo suplico, ¿soy injusto? ¿sentiríais que yo os dijera la verdad? ¿que los criminales son solamente un puñado? En medio de vuestras desgracias, ¿no es una suerte que los que han sido capaces de derramar la sangre de Clemente Thomas y del general Lecompte sean sólo raras excepciones?»

La Francia, no obstante, desoyó aquel canto de sirena parlamentaria; de los 700.000 concejales nombrados por los 35.000 ayuntamientos de Francia, sólo 8.000 eran legitimistas, orleanistas ó bonapartistas, y las segundas elecciones ó elecciones suplementarias fueron todavía más hostiles. Así que, en vez de recibir de las provincias la fuerza material de que tanta necesidad tenía, la Asamblea de Versalles perdió hasta su último apoyo moral, el derecho de llamarse la expresión del sufragio universal del país. Para completar esta derrota, los Ayuntamientos nuevamente elegidos de todas las ciudades de Francia, amenazaron á la Asamblea de Versalles con una contra-Asamblea en Burdeos.

Había llegado para Bismarck la hora por tanto tiempo aguardada de una acción decisiva. Intimó, pues, á Thiers su deseo de que enviase á Francfort plenipotenciarios para la conclusión definitiva de la paz. Obedeciendo humildemente al llamamiento de su amo, Thiers se dió prisa á enviar á su fiel Julio Favre, acompañado de Pouyer-Quertier. Este Pouyer-Quertier es un eminente hilador de algodones de Ruan, ferviente y hasta servil partidario del segundo Imperio, á quien no había encontrado jamás ningún defecto, á no ser el tratado de comercio con Inglaterra, que afectaba á sus intereses de mercader.

Instalado apenas en Burdeos como ministro de Hacienda de Thiers, denunció aquel tratado impio, hizo entrever la posibilidad de su anulación y hasta tuvo el descaro de probar, si bien inútilmente (no había contado con Bismarck), de poner en vigor inmediatamente los antiguos derechos protectores contra la Alsacia. Este hombre, que veía en la revolución un medio de disminuir los salarios en Ruan, y en la pérdida de las provincias francesas una causa para aumentar el precio de su mercancía en Francia, ¿no era á la verdad el hombre más digno que Thiers podía elegir para acompañar á Julio Favre en su última y más alta traición?

Al llegar á Francfort este buen par de plenipotenciarios, el terrible Bismarck los puso inmediatamente en esta ineludible alternativa: ó la restauración del Imperio ó la aceptación sin condiciones de sus propias condiciones de paz. Estas condiciones comprendían una abreviación del tiempo concedido para el pago de la indemnización de guerra, y la ocupación de los fuertes de París hasta el momento en que Bismarck estuviese satisfecho del estado de los asuntos en Francia. ¿De este modo la Prusia quedaba reconocida como árbitro supremo de la política francesa! En compensación ofrecía soltar el ejército bonapartista cautivo, para el exterminio de París y además el apoyo directo de las tropas del emperador Guillermo. Como prenda de buena voluntad, no exigió el pago del primer plazo de la indemnización hasta después de la *pacificación* de París.

Un cebo semejante fué naturalmente tragado con avidez por Thiers y sus plenipotenciarios, que firmaron el tratado de paz el 10 de mayo y lo hicieron ratificar por la Asamblea de Versalles el 18.

(Continuaré.)

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Bauma de Castellvell.—F. B.—Recibido importe trimestre que finaliza en julio.  
 Bilbao.—V. M.—Recibido importe trimestre fin julio.  
 Córdoba.—F. A.—Recibidas 17 pesetas de suscripciones primer trimestre. Conformes.  
 Reus.—J. M.—Recibida la suya.  
 Sevilla.—C.—Recibida la suya: se le remitirán en lo sucesivo dos paquetes.  
 Tarragona.—M. M.—Recibidas 16 pesetas de suscripciones: la de J. P. L. se sirve corrientemente.  
 Torrelló.—José G.—Recibidas 5 pesetas de esa población y 12 de Manlleu.—Se le escribe.  
 Villafranca del Panadés.—I. S.—Se le envía paquete á J. P. Villanueva y Geltrú.—F. T.—Recibidas 9 pesetas por suscripciones.